

VOCES INMIGRANTES EN LOS CONFINES DEL MUNDO:
DE LOS ÁRABES*

Rodrigo Cánovas
Pontificia Universidad Católica de Chile

¿Cuáles son las marcas culturales de la inmigración en Chile? A diferencia de otros países americanos, nuestra República no se constituye como un país de inmigrantes. Piénsese, por ejemplo, que hacia 1907, mientras en Argentina la población extranjera alcanzaba el 25% y en Brasil, el 17%; en Chile era solo de un 4% y en 1960, un 1,42% (es decir, poco más de cien mil personas)¹. Estas cifras no informan ni dan pistas, por cierto, del gran aporte de esta población inmigrante en nuestro país en los diversos ámbitos de la sociedad, en especial, los grupos más antiguos, de españoles, alemanes, italianos, croatas y árabes.

Estamos interesados en explorar la experiencia de estos grupos migrantes, los grados de integración de estos extranjeros y de su descendencia, las marcas de intolerancia y la posible constitución de “microidentidades” en nuestra comunidad nacional; hemos privilegiado en esta oportunidad la inmigración árabe, que no siendo muy significativa en un comienzo estadísticamente (según citas del Censo nacional de 1960, un 4,4% del total de extranjeros son árabes), cobra mayor relieve numérico hacia fines del siglo XX, si contamos a toda la comunidad (inmigrantes y su descendencia). Aquí la estimación es de alrededor de medio millón, en su mayoría palestinos (luego les siguen los sirios, habiendo sido los libaneses tradicionalmente el grupo más minoritario)².

* Este trabajo forma parte del Proyecto Fondecyt N°1051011, “Voces inmigrantes en el relato chileno: de árabes y de judíos”, del cual soy Investigador Responsable.

¹ Acudimos aquí a los datos aportados por el trabajo de Andrés Sanfuentes sobre la influencia de los árabes en la economía chilena.

² No hay datos estadísticos muy precisos para el conteo de extranjeros o de chilenos de origen árabe en este último medio siglo. Según datos otorgados en el trabajo de Lorenzo

Recibido: 22.04.2006

Aprobado: 10.09.2006

Hay valiosísimos estudios sobre los flujos de migración, la actividad económica y el prejuicio (la “turcofobia”), los que han tenido escasa circulación en el mundo académico y cultural chileno³. Además de esta documentación, existe una decena de relatos centrados en esta experiencia de la partida (del lugar natal), el viaje y la instalación en este confín del mundo. Son testimonios, biografías, novelas y cuentos, que constituyen una pequeña saga que instala a este grupo en la historia chilena, como un actor singular⁴.

En este trabajo queremos delinear la experiencia migrante desde la revisión de estos relatos, que no solo otorgan información sobre sucesos y personajes, sino que dotan a una colectividad de las primeras palabras escritas sobre los nuevos orígenes. Es la apropiación de la vida en el acto de contar una historia personal y comunitaria.

Nuestra exposición consiste en la distinción de tres grandes unidades semánticas de lectura: la casa (origen y destino), el sujeto cultural (familia, nación, sexualidad) y la escritura. Estas unidades han surgido del estudio de una decena de relatos, de los cuales hemos elegido aquí solo algunos –los que consideramos más significativos– para su ejemplificación.

DEL ORIGEN: EL *ILIBLAD*

Todo relato de inmigrante conlleva la orden de volver sobre sus pasos, deseando reconstituir la travesía (los puertos de embarque, América, los pasos cordilleranos, la precaria instalación) y, en especial, volver a tocar el origen: en el caso de los árabes, sus aldeas y pequeñas ciudades, Belén, Homs, Aldea Blanca, Beit Yala, Beit Sahur e, incluso, los campamentos beduinos. Paradójicamente, sus destinos cobran un sentido pleno en la medida en que se despeje el punto de partida. Se

Agar sobre flujos migracionales, la población árabe en las dos Américas hacia 1982 sería de alrededor de ocho millones, concentrándose en Chile el 1% de esa población (80.000 árabes). En otro registro, la colonia árabe en Chile indica que hacia 1978 había 350.000 descendientes de palestinos, siendo el 70% del grupo árabe en este país.

³ La gran parte del material corresponde a tesis universitarias, realizadas desde el ámbito del urbanismo (Agar), la economía (Sanfuentes), la psicología (Daher), la historia (Rebolledo) y los estudios culturales árabes (Olguín y Peña, Chahuán y Feliú y otros). Para la ficha completa, remitimos a la Bibliografía.

⁴ En el ámbito de la crítica literaria, M. Olga Samamé ha realizado un trabajo invaluable sobre este grupo de relatos y sobre novelas particulares (ver Bibliografía). Nuestra lectura continúa esta apertura de un nuevo campo en el área de los estudios literarios y de la discusión sobre el canon.

escribe para memorizar una génesis comunitaria, para instalarla como un foco de atracción regresivo, un imán que aún contiene parte de su ser.

Es cierto que estas novelas, cuentos, biografías y testimonios tienen una pretensión documental, otorgando información sobre usos y costumbres, lugares y fechas, ya sea desde la experiencia vivida (haber sido testigo de vista, como el caso de Chuaqui y Auil) o desde la escucha en la tertulia familiar (testigo de oídas, de las historias contadas por tíos y abuelos, como en Sarah y Garib) y también desde la revisión de documentos, escritos literarios y tratados históricos (lectores de libros sobre el imperio turco otomano e incluso de relatos bizantinos, como Edith Chahin). Sin embargo, esta información aparece subordinada a un plan que consiste en implantar un relato donde se fije un origen que nunca nos traicionará: no es verdadero ni falso, ni menos verosímil; solo está allí para darle un sentido a nuestras vidas, que fueron a dar a otro lado. No se escribe para recordar; se escribe para instalar en el destino del presente (América) la marca indeleble del destino del pasado, la Gran Siria (que incluía hacia fines del siglo XIX los territorios de Palestina, Israel, Libia, Siria y Jordania).

Ahora bien, estas escrituras consolidan un Yo individual de sesgo comunitario (provengo de tal lugar, mis ancestros son árabes, como los de mis *paisanos*), solo al precio de acomodarse y seducir a una segunda persona, la cual puede ser cercana (nietos, parientes, amigos), pero, sobre todo, bastante lejana con la experiencia de la inmigración árabe: los chilenos a secas (o los que así se consideran), los nacidos en esta República, que hablan español y, en muchos de los casos, se casan con la vecina y no se han aventurado más allá de su barrio, de su ciudad, su región o su país. Son ellos los que deben dar el pase a un origen remoto, los que deben grabarse una imagen en la memoria y hacer la conexión entre los *turcos* y una historia ancestral que ilumina sus existencias.

El texto fundacional de esta serie, *Memorias de un emigrante* (1942) de Benedicto Chuaqui, reconoce ejemplarmente dos partes: primero nos cuenta su niñez en la ciudad de Homs junto a su familia (nace en 1895 y emigra a América en 1908, a los 13 años de edad) y luego narra sus avatares adolescentes como vendedor ambulante y negociante mínimamente establecido en la barriada popular de la Estación Central, en Santiago de Chile, desde 1908 hasta 1922, fecha en que se considera integrado a la sociedad chilena al ser aceptado como miembro del Cuerpo de Bomberos en este enclave ciudadano. Como se aprecia, este testimonio ha sido escrito muchos años después de ocurridos los hechos. ¿Cómo diseñó Chuaqui su lugar natal para los chilenos, qué aspectos privilegió para bien informar a estas gentes que lo han adoptado?

De modo ameno y didáctico, nos describe la vida cotidiana familiar y pública de Homs. Es una especie de manual afectivo, que nos informa de comidas y bebidas; de viviendas, negocios, educación, trabajo y oficios (de zapatero, tejedor e

hilandero); de calles, colegios y mercados; del matrimonio, las vestimentas religiosas, los baños, la moral, la familia y la historia política; amén de las escasas noticias de América gracias a las cartas de parientes y amigos de la comunidad. Sin embargo, lo singular y notable es que esta información es el resultado de una traducción: aquí la cultura no es tanto un conjunto de experiencias sino un conglomerado de palabras que configuran una imagen. La alteridad es la lengua (árabe), que es posible traducir a otra lengua (el español de Chile), exhibiendo así su encanto.

Así, no hay página que no aparezca intervenida por una definición, una glosa, una traducción literal o alguna precisión sobre ciertos protocolos del lenguaje: pícaro se dice *jahiz*, baño es *drubi*, el juego de *basra* es una especie de *sweep* o casino, *zamic* es una callejuela corta y estrecha, *mayusucar* es un jarabe aromático de guindas, grosellas y otras frutas (nótese que en estos últimos ejemplos, un término árabe no tiene uno que le corresponda en castellano y es necesario otorgar una definición).

En varias ocasiones se nos entrega una traducción comentada, que destaca la originalidad de la lengua nativa; así, a los ciegos se les llama afectuosamente *darira*, que significa literalmente “dañada”; mientras que la epidemia de cólera es denominada *aua astar*, “viento amarillo”. En fin, cual antropólogo estructural, describe el matrimonio desde la serie de términos que componen su estructura, haciendo para cada uno de ellos una glosa; en nuestro propio resumen, *tamuschi* (encantamiento), *taunne* (esperanzar), *mubaraqui* (bendición), *alami* (señal), *chofi* (“Los parientes del novio están obligados también a visitar la casa de la novia, para llevar algún regalo que, comúnmente, consiste en alhajas que le colocan personalmente”, 45), *nach u amman* (ornato y baño), *nadami* (arrepentimiento).

Origen y destino corresponden a dos códigos que son traducibles, gracias a la creencia de los universales del lenguaje. Chuaqui nos devuelve su origen en nuestra propia lengua, obligándonos a comprender el alma inmigrante desde la consulta de un diccionario mágico de bolsillo.

Si en la matriz se recrea lúdicamente el lenguaje (Chuaqui), también puede ocurrir que se la concibe como un espacio sagrado derruido. La novela *Los turcos* (1961), de Roberto Sarah, se abre levantando una mínima cartografía del *iliblad* palestino, marcándolo como un espacio áurico. Estamos en Belén, cercano a Jerusalem (o *Alkúds*) y a otras aldeas aledañas, como Ramál-ah, Beit-Yala y Beit-Sahur, lugares sagrados señalados por el Estanque de Salomón, la Basílica de Santa María de Proesepio, la Gruta de la Natividad, el Huerto de Getsemaní, el Monte de los Olivos, el Santo Sepulcro y la Vía Dolorosa. Estos espacios santos, sin embargo, no logran disimular la precariedad material e incluso cierta falta de luces en las familias campesinas (los *feláhs*) que allí viven ganándose duramente la vida como artesanos de la conchaperla, en las canteras o en pequeñas faenas agrícolas y ganaderas. Incluso, la autoría ya comienza a solazarse en señalar algunas deficiencias en los rasgos físicos

de estos lugareños. Así, la madre del protagonista ostenta un párpado caído y la hermana se casa con un mocetón que es sordo y tiene la nariz chata.

Aquí, ya no será un solo individuo el que se aventura hacia otros mares, sino un grupo de jóvenes (un colectivo) que se lanza a la conquista de nuevos mundos. Hanna, el más espiritual de ellos, le confiesa a su madre: “Deseo conocer otras [tierras] y ver gentes distintas” (36); ante lo cual su padre, apesadumbrado, reconoce que ha llegado el tiempo de la aventura: “que se haga hombre” (35). Es el llamado de la Modernidad, “hacer fortuna” (41), hacerse la América, señalado por un espíritu individualista, que sacrifica el origen (la tierra, la lengua, los lazos familiares) por un misterioso futuro.

El periplo de la migración está marcado por dos caminos que tienden a bifurcarse y que aparecen ambiguamente enlazados en los corazones de los personajes. El ímpetu materialista estaría regido por un Yo egoísta que traiciona a su comunidad sagrada y se aleja de ella para siempre, convirtiéndose en un explotador y conquistador (será el destino de Mitri, exitoso y despectivo). Pero también está presente en esta partida el ímpetu espiritual, de aquel que abandona un espacio ruinoso para fundar en otro lugar la Natividad (es Hanna, melancólico, preocupado del prójimo y culposo por el abandono del *iliblad*). No es extraño que los retratos de Hanna (portador de los valores de la novela) se asemejen a los retratos de un Cristo ortodoxo, como si el Nazareno volviera a renovar el mundo. Es posible que América traiga prosperidad económica, especialmente para las almas engreídas (los árabes ya no serán unos *feláhs*); pero ¿encontrarán aquí el Paraíso?

DEL DESTINO: NUEVA CASA, ANTIGUAS NOVEDADES DEL SUJETO

Revisando estos relatos de inmigrantes, lo primero que salta a la vista es el privilegio de lo local, lo periférico, los micromundos: se marca el barrio, el pueblo, las pequeñas historias, se hacen cartografías de lugares bastante marginales y en el ámbito de guerras y confrontaciones (la guerra del Chaco, campañas políticas), los conflictos son vividos desde la familia y bajo la atenta mirada del patriarca.

Una de las casas americanas fundacionales del inmigrante árabe es la tienda. No importa si este personaje recorra diversos puntos del mapa –Pilcamayo, Cochabamba, Iquique, Valparaíso, Santiago–, siempre estará en un mismo lugar junto a su grupo familiar (que incluye a las esposas de sus hijos y parientes que llegan de ultramar). Así ocurre ejemplarmente en la novela *El viajero de la alfombra mágica* (1991), de Walter Garib, que narra la historia familiar de los Magdalani a través de cuatro generaciones, siendo el patriarca un palestino de nombre Aziz que desembarca en Buenos Aires hacia 1900 y que recorre las misiones jesuitas de Paraguay vendiendo todo tipo de chucherías, reapareciendo en Cochabamba (donde se instala con una tienda entre 1905 y 1935, con esposa, concubina e hijos) y, más adelante, en

Iquique, donde es enterrado con grandes exequias hacia 1943. La historia es contada a través de constantes avances y retrocesos en el tiempo, trasladándose también a Valparaíso y Santiago, siguiendo los pasos del hijo mayor, Chafik, y de toda la descendencia.

Escrita hacia fines del siglo XX, esta novela no aparece preocupada por el prejuicio étnico sufrido por los inmigrantes (que se cree ya superado), sino más bien en recrear la primera instalación de los árabes en América (que se supone bastante olvidada). Y aquí, la tríada es: un patriarca, su tienda y su stirpe (y como suplemento, la saga de este grupo, que los incluye en nuestra memoria colectiva). Habitemos esta primera casa, observemos su localización, visitemos sus aposentos, conversemos con sus actores. Alrededor de la tienda existe un halo creado por la comunidad de paisanos (lo cual es más notable en Cochabamba, donde el negocio de Aziz se ubica en una calle de la plaza, junto a otros negocios de sirios y palestinos). La trastienda es el lugar de la conversación, con café y arak “acompañado de panecillos dulces, galletas de anís con almíbar, pastelillos de sémola y bizcochos de vainilla” (216). Y más hacia adentro, en el círculo más privado, el comedor de la casa, donde se reúne el patriarca con sus hijos (y sus respectivas esposas) y nietos, todos viviendo allí, no importa su edad: “[Aziz] se sentó a la cabecera de la mesa como lo hacía siempre y ordenó a sus hijos que se emplazaran a sus costados por orden de edades, dejando a las mujeres a continuación” (82). Más que la conversación, es la comida –código culinario árabe en sabias manos andinas– la que genera el bolo afectivo de los almuerzos cotidianos: “La Nativa aún no traía las bolitas de bubbe en caldo de laban, comida que hacía suspirar a Aziz por el olor a menta y leche agria” (213).

La así llamada La Nativa es una guaraní que vive como concubina del patriarca, a quien se le manda una muchacha esposa desde su aldea natal y con quien engendra hijos, salvo el primero, nativo. Acaso como un modo de recalcar el llamado americano, la autoría hace que la joven esposa palestina (Afife) muera en su tercer parto. En breve, estamos frente a la pareja primordial que funda una stirpe: Aziz, Afife y la Guaraní; todos instalados en una amplia carpa árabe, un micromundo afectivo y cultural que siempre deberá estar presente como la primera piedra en la construcción de la identidad de estos inmigrantes.

Si la tienda (que es baratillo y salón de estar) es una cita acriollada de lo arábigo y su mostrador, la ventana al nuevo mundo; los barrios populares de la gran ciudad, atiborrados de ímpetu vital, operan como bolsones afectivos para estos inmigrantes. Nos referimos aquí al testimonio de Benedicto Chuaqui, quien, siendo casi un niño, deambula por el barrio San Pablo (y también por la vecina Estación Central), en Santiago de Chile, viviendo en su pequeño negocito, comiendo en picanterías y compartiendo la vida cotidiana con vendedores ambulantes y pensionistas de variados pelajes y empleos. ¿Cómo se nos presenta este espacio periférico de nuestra capital?, ¿cómo recuerda esas calles y gentes del Santiago de 1910?

Sorprenden, primero, los individuos que nos presenta Chuaqui. De repente, se nos viene encima una diversidad de voces inmigrantes, especialmente venidos de la península ibérica: gallegos, catalanes, vascos, andaluces, castellanos; amén de algunos franceses y, por supuesto, los paisanos árabes que aparecen como telón de fondo. No son etiquetas o nombres; son vidas, pícaros que llevan el mundo en sí mismos; así, el madrileño Patricio Roldana, que estuvo en la cárcel por estafador, aunque él lo niega y que ayuda al turquito a redactar cartas comerciales mientras comen en la cocinería de doña Úrsula, una española vivaracha y hablantina; así, el catalán José Jost que vende novelas por entregas y que dice haberse codeado con Pérez Galdós; y así don Ansaldo, que la novelaría del vecindario dicta que fue juez en su pueblo natal, pero que llegó a estas tierras por penas de amor.

A esta familia, que sustituye la dejada en el *iliblad*, el lugar natal, se le une de modo indiferenciado lo que Chuaqui llama “la gente del pueblo” (107), visualizada como gente risueña, chancera, poco rencorosa y con una “exagerada conmiseración para con los bribones” (107). De nuevo, no hay aquí solo tipos humanos, sino personas que encarnan el flujo vital. Todos entreverados, intercambian sus cachivaches. Leamos: “Por mi baratillo pasaban el tortillero, el vendedor de empanadas o de humitas, el español de los churros. A todos les compraba, convidando a mis amigos. Y ellos me retribuían espléndidamente estas atenciones. Me encargaban ternos, frazadas, zapatos y hasta muebles” (119). Es la celebración de la cofradía popular, regida por dos principios opuestos y complementarios: la fraternidad y el egocentrismo. En su testimonio, redactado desde la madurez y a más de veinte años de distancia subjetiva e histórica, Chuaqui remarca la libertad de desplazamiento e independencia de juicio de los chilenos, es decir, de los seres que conviven con él en un barrio marginal de Santiago: “El hombre vivía como le daba la gana, sin sujeción a ninguna traba en sus derechos ciudadanos” (106). Es claro, él está pensando en su aldea natal de Homs, donde –y continúa la cita– “teníamos la tiranía de los turcos, el fanatismo religioso y la opresión triste en que vivían las mujeres” (106). Es el descubrimiento del Yo, un espacio inexistente en el ‘allá’, un descubrimiento de nuevos órdenes y reglas sociales.

Si Garib privilegia la tienda como modelo reducido del espacio americano, instalando en su centro al visionario comerciante, sustentado en la figura monumental del buhonero, hombre ingenioso y analfabeto, Chuaqui suma a la tienda el barrio popular y al ingenio, las letras. ¿Cómo hacerse querer en el lugar de destino, cómo gozar de las ventajas de una adopción, cómo seducir a quienes pueden prescindir de nosotros? Respuesta: siendo culto, dominando la lengua española a cabalidad.

El deseo de reconocimiento se cristaliza aquí en convertirse en un hombre de letras, alguien que maneje dos lenguas, pudiendo mediar tanto al interior de su comunidad de inmigrantes como entre dos culturas. Su vocación letrada le hace emprender tareas titánicas en su adolescencia: por ejemplo, tuvo la pretensión de componer

un diccionario árabe-español, alcanzando a traducir un puñado de palabras; pero más adelante tradujo una novela árabe y pagó su publicación; fue asiduo suscriptor de revistas del Próximo Oriente y de periódicos de la colectividad editados en países vecinos, fue columnista para diarios paisanos de Buenos Aires y dueño de una imprenta y director de un periódico local bilingüe. No olvidemos que finalmente es autor de su vida, la cual leemos, situándose en los anales de las letras chilenas. En breve, la tienda árabe incluye también el legado de don Andrés Bello, el reino del espíritu de las letras. Y lo más interesante a nivel de la cultura escrita es que este inmigrante sirio, de formación autodidacta, generará un discurso popular estilizado, festivo y humorístico, a medio camino entre la conversación coloquial y el cuento literario, que legitima voces, actitudes y experiencias propias de los chilenos.

LOS TURCOS

Acaso la motivación más profunda de este estudio sea la exigencia de una legitimación del otro en la constitución de una identidad, ya sea individual o colectiva (no importando su condición social, étnica o de género). Los sujetos inmigrantes y muy especialmente los árabes, que provienen de una cultura desconocida para la sociedad chilena, son discriminados de modo drástico durante la primera mitad del siglo XX. Es lo que se ha denominado *la turcofobia*, el sentimiento de irrisión y rechazo que sufren estos *turcos*, vistos como estrafalarios por su físico, sus vestimentas y el comercio que ejercen. Como se sabe, a estos inmigrantes de la Gran Siria se les llamó turcos porque portaban pasaporte del imperio turco otomano, del cual venían huyendo. Paradojas de los (sobre)nombres.

¿Cuáles son las caras del turco? ¿Cómo ocupa éste el lugar desmedrado que se le asigna? ¿Cómo responde ante tales circunstancias, en principio inmodificables? ¿Cuánto dolió? ¿Cuánto de ese dolor ha sido traspasado a las siguientes generaciones?

El testimonio de Chuaqui (de 1942) acoge esta condición desmedrada como extranjero con gran sentido del humor, a través de pintorescas historietas que son de reír y de llorar. Considerándose un *adoptado* por la comunidad chilena, refiere su experiencia de escarnio desde un repertorio interminable de chanzas, chascos, gracias y chistes, que van generando gran empatía en el oyente prejuicioso, al cual se dirige su relato. Se trata siempre de reírse de sí mismo antes que lo hagan los demás, de gozar con los prejuicios de la mirada del otro y así transformar la situación dolorosa en tragicómica, en risa de niños. Así nos sonreímos cuando este muchacho va mandado a comprar carbón, pero le han dicho que pregunte en el negocio por el *cabrón*. Hay clientes que por mucho tiempo entran para preguntarles cuándo va a traer las mangas que le faltan a los chalecos que, por definición, en esa época, no llevaban mangas. El turquito, por supuesto, las reclamaba al proveedor. Hay

situaciones tragicómicas, como cuando va pregonando por las calles “Cosa Tenda” y unos colegiales lo imitan con el mismo ritmo gritando a todo pulmón “Turco de m...”.

En la cofradía popular de Chuaqui, inmigrantes de diversa procedencia gozan con los malos entendidos y los juegos de palabras donde se teatraliza el lado prejuicioso de la vida. Así escuchamos los diálogos sabrosos de un catalán, dueño de una peluquería y de un sirio, dueño de un bazar, que descalifican los negocios del otro, llamándolos Porquería Barcelona y Basural Siglo XX. La suciedad achacada a los inmigrantes circula aquí en esta chanza, para esfumarse o disolverse en la limpia carcajada popular. Los pobres aprenden a reírse de los demás, riéndose de ellos mismos. Es lo más sano y lo más seguro.

Este sirio proveniente de Homs es conocedor de los dobleces del lenguaje en relación al escarnio. Distingue “graciosos” y “chuscos”, las “chanzas” y los “chascos” y da ejemplos del eufemismo lingüístico, como cuando la gente le dice: “La verdad es que usted no parece turco...” (144), lo cual lo descarta para ser un buen partido para las casaderas, además de postergar su acceso como voluntario de bomberos. En el caso de este circunloquio, prefiere la “franca desfachatez” de aquellas madres que le espetan en su cara un “¡Lástima que sea turco!” (145). Aun cuando este Benedicto (cuyo nombre árabe es Yamil) lidia con bastante éxito estos *impasses*, quisiéramos indicar que también su propia forma de expresión se ve amenazada lateralmente por la hipercorrección y la autocensura, como cuando por ejemplo, critica la falta de gusto estético de dos estatuas regaladas por la comunidad árabe para la celebración del Centenario, justificando la remoción que las autoridades chilenas hicieran de ellas tiempo después. Sin ironía, escribe: “Lástima grande que . . . esos monumentos resultaran unos verdaderos mamarrachos” (149). Sí, acotamos nosotros, *lástima que los obsequios* fueran turcos; ahora bien, el Doctor Merengue agregaría que quién lo hubiera creído, pues no lo parecían.

En breve, el humor salva aquí a los árabes, entendiendo que es un lenguaje que escenifica la vida como una comedia de equivocaciones.

Si algunos se sienten *aguachados* y gozan de la vida, aceptando alegremente sus sinsabores, habrá otros que se incluyen en el ruedo nacional como *monstruos* (o sea, que desafían las leyes de la naturaleza). Así lo plantea la novela de Roberto Sarah, cuyo título *—Los turcos—* es un claro indicio del daño sufrido en la nominación de estos inmigrantes, que se traspasará dramáticamente a sus cuerpos.

Gran mural grotesco sobre el prejuicio, este relato narra la difícil instalación de un grupo de jóvenes palestinos en nuestras tierras, situación que no logra revertirse en la siguiente generación. El espíritu de “colmena árabe” aparece aquí peligrosamente escindido en tres casos: Mitri (el espíritu aventurero y materialista), Hanna (el buen cristiano en busca de la redención) y Yacub, el árabe expulsado de estas tierras, por ser, justamente, árabe. La novela es pesimista, señalando que América no ha sido un

espacio sagrado para estos inmigrantes; aunque sí han conseguido riqueza. Existe una *addenda* (y aquí entra Yacub): nuestra América puede llegar a ser un lugar de castigo, donde seamos otros, donde nos veamos como seres repelentes, feos de alma. Aunque no sean los únicos ni los más numerosos, le seguiremos la pista a los feos del relato, pues en ellos se condensa el misterio de un diálogo cultural interdicto.

Llegando a Valparaíso, los jóvenes inmigrantes conocen a Ibchara Barcuch, un compatriota de Beit-Yala, ya asentado en estas tierras, quien les enseña la visión de los chilenos: “Nos tienen ojeriza. Nos insultan cuanto pueden, riéndose a nuestra costa. Si les hacemos caso saldréis perdiendo. Son, además, pendencieros, y cuando menos los pensáis os pueden dar una zurra. En el fondo, son buenas gentes y gastan todo el dinero que pueden. Los encontraréis a menudo ebrios y entonces hay que evitarlos en lo posible” (80).

La autoría se solaza en retratos feístas de muchos personajes, y como estamos en presencia de un sujeto colectivo, el carácter monstruoso de un individuo afecta al conjunto. Veamos el cuadro resumen de Yacub: “Era feo y tenía joroba; sus vísceras estaban rotas y no tenía instrucción alguna; ignoraba de cuántas partes estaba formada la tierra y cómo nacían y vivían los seres humanos. Solamente poseía algún dinero, pero ahora comprendía que no le serviría de mucho” (137).

Es posible interpretar este personaje como una figura alegórica: representa el campesino iletrado, incapaz de adaptarse por ser demasiado vernáculo, un camello paseando por el barrio San Pablo (de Santiago), donde solían estar las tiendas de los árabes. Es lo irredento, lo intransitivo, cierta torpeza regresiva propia de cada pueblo o etnia. No obstante, es un juicio de valor bastante drástico. Además, este personaje no se agota en una alegoría tradicional, sino que pasa a formar parte de una corte de milagros que acompaña a los inmigrantes y se entrelaza con ellos a tal punto, que los *naturales chilenos* (la mirada del otro) los confunde. Lo siniestro es que incluso la autoría se empeña en exhibir este cuerpo colectivo desde un claroscuro, incluyendo la fealdad como un rasgo constitutivo de estos inmigrantes. Es la identidad por estigma, los monstruitos del circo, los allegados a la familia chilena, cuya presencia anormal asegura el orden regular de la naturaleza.

Extraño también resulta que el feísmo se traslade al *ilibrad*, como si desde el foco de Chile, poses, vestidos y rostros de Palestina se desfiguraran. Así, de una fotografía de la boda celebrada en Palestina, colgada muchos años después en la sala de recibo del matrimonio (en el barrio Recoleta de Santiago), el mismo Yacub la describe así: “ella con un grotesco velo que la cubría por delante hasta las cejas y él cómicamente erguido sobre los pies para estar a la altura de su esposa, pues escasamente le llegaba a los hombros” (135).

También puede interpretarse el retrato de la familia de Jalil (hermano mayor de Hanna) desde la alegoría. Jalil, el holgazán, es traído a América por su hermano, y luego de sufrir múltiples humillaciones, vuelve a su aldea natal. Aunque la pintura

que se hace de él no lo descalifica, tampoco impide una virtual monstruosidad: “Jalil, alto y calvo, con los ojos un tanto hundidos bajo las espesas cejas ... lleva un espeso bigote y sus brazos son largos, tal vez demasiado largos. Ensartada pelambrea circunda su calvicie” (128). A los holgazanes no les va bien en ninguna parte; de allí que su presentación física sea ambigua y borrosa. La virtual fealdad de Jalil se desplaza hacia su esposa Milade, “mujer alta y huesuda, con prematuras arrugas en la cara y la voz estridente” (173) y remata de modo circense en el hijo: “Atalah era un muchachito esmirriado y contaba ya ocho años de edad; tenía una fea nariz un poco ganchuda, como la de su padre. Le habían operado en Jerusalem el labio leporino, y la cicatriz confería a su rostro una actitud ligeramente estúpida” (173).

Cuerpo familiar monstruoso, rebasa la figura de la alegoría simple (sobre la ineptitud y la inadecuación en tierra extraña), para plantear el problema de la belleza étnica. Todo molesta aquí: porte, longitud de brazos, distribución y naturaleza de los cabellos, huesos salientes, sonidos, cavidades, prominencias, gestualidad fija. ¿Por qué la autoría nos dibuja un cuadro tan grotesco? ¿Es la simple proyección de cómo los chilenos ven a los inmigrantes árabes? ¿Cómo circula esta mirada prejuiciosa en el texto, qué direcciones le indica la autoría? ¿Existe también en el tejido de esta obra una obsesión por escarbar en el dolor, en registrar en imágenes la mirada del otro y el daño irreparable hecho sobre estos cuerpos abusados?

Si estos primeros inmigrantes sufrieron por su desgarbado modo de vestir, sus tatuajes, sus bigotes largos que le daban apariencia de monjes budistas, amén de las dificultades del idioma y, en algunos casos, por sus rasgos físicos (marca étnica), se podría pensar que sus hijos, nacidos y educados en Chile, gozarían de una suerte diferente. Y aquí la novela aprieta el torniquete, presentando un nuevo caso: un hombre apuesto, inteligente y viril, que se presenta como candidato a Presidente (en las elecciones de 1958), aparece descalificado en el espacio público cuando su fotografía erigida como propaganda es intervenida con un gorrito turco, un dibujo descomunal de una nariz y una leyenda: “¡No permitas que un turco nos gobierne!” (243). Es la mirada del otro que encapsula a un cuerpo colectivo (la experiencia cultural del inmigrante) en tres signos: una palabra (*turco*), un objeto (*fez rojo*) y una *nariz ganchuda*; ninguna de las cuales constituyen un rasgo privativo de estos árabes. Son, entonces, objetos imaginarios, fantasmas que habitan nuestra siquis, que sin embargo son traspasados a la realidad y allí deambulan y proliferan.

FAMILIA, NACIÓN, SEXUALIDAD

Cultura y naturaleza. En cada sociedad se da un recorte de lo que supuestamente es natural y de lo que aparece como un orden humano. Acaso resulte una inscripción natural (algo establecido antes de toda regla o restricción) que un respetable aldeano de Beit-Yala tenga “sus manos y antebrazos tatuados con indelebles

dibujos de color azul, que representaban animales y árboles” (Sarah, 24). Y acaso todavía resulte una marca *de fábrica* para el paisano que preside el círculo palestino en Santiago de Chile (quien ostenta dedos tatuados, iluminados por un grueso anillo de brillantes, insiste Sarah). Y así también hay normas que deben respetarse en el matrimonio, como por ejemplo, en las aldeas de la antigua Palestina: que profesen el mismo culto religioso y, ojalá, sean del mismo lugar.

Siendo la cultura un conjunto de reglas y prohibiciones integradas naturalmente en nuestro diario vivir, cualquier cambio drástico de escenario (del Próximo Oriente bajo mandato otomano al Confín del Mundo, bajo el orden republicano, al inicio del siglo XX) conlleva una fractura del mundo, un verdadero terremoto (los turcos de Sarah son recibidos en Chile con el terremoto de 1906: para que les quede claro el terreno que pisan). En fin, cuáles son las unidades mínimas de la identidad árabe que son conmovidas en este tránsito, según nuestras narraciones y cómo son exhibidas, ésa son las preguntas que abordaremos en términos panorámicos en este acápite. Aclaremos que no nos interesa tanto obtener una información sobre usos y costumbres (avalados por una tabla de tópicos, que bien puede ser complementada por entrevistas y datos estadísticos), sino interpretar su relato (la enunciación de ese relato), es decir, obtener el registro subjetivo de una experiencia cultural inscrita en una saga que marca a los inmigrantes árabes como un subgrupo dentro de la red de relaciones culturales que componen la chilenidad.

Familia y nación, etnia y religiosidad; todos términos imbricados de una secuencia que conforma nuestra identidad comunitaria. Pasaremos revista a nuestros textos, siguiendo el orden cronológico de su aparición, otorgándole a cada uno de ellos su singularidad.

¿Qué tradiciones árabes mantener y cuáles abandonar? El muchacho Chuaqui, de formación moral muy estricta como cristiano ortodoxo, sufre con la ligereza (a sus ojos) de las mujeres de la barriada. En su testimonio, redactado en su madurez, coexisten dos voces: la censuradora y la picaresca. Desde el presente de la escritura el Benedicto chileno es capaz de comprender sus valores primigenios como un sistema arbitrario: “Jamás podría yo saltar esa llamada muralla de los prejuicios, del dogma religioso, de la rígida moral que conociera durante mi infancia. Los sentía como un peso en la sangre, como un invencible temor en el espíritu” (169). La libertad sexual y la sensualidad desbordante de la barriada hacen sufrir a este niño adolescente, cuya relación con la mujer está reglada por el matrimonio, de cuyo protocolo se nos da cuenta detalladamente en la primera parte del relato. Además del tabú de la virginidad, de la fidelidad, de la unión arreglada por los padres y familiares, está la firme prohibición de no mezclarse con una mujer que no sea de los suyos, es decir, de origen árabe.

En materia moral, este testimonio tiende a ser estricto con las jóvenes livianas, algunas de las cuales pagan caro sus costumbres: son golpeadas, se prostituyen o

mueren de una enfermedad venérea. No obstante, la mayoría pasa campante por el mostrador, poniéndolo en ridículo. Nos indica que con el tiempo, su moral fue cambiando, no solo por la vida, sino también por las lecturas, cumpliendo el sino de que la literatura es por definición degenerada o, a la inversa, aclara los códigos de nuestra vida diaria, realizando una radiografía. Así, en una singular modalidad de chascarros didácticos (emblemas de un relato que yuxtapone signos opuestos), desfilan ante nuestra vista un sinfín de personajes, como la pobre Sabina, que sucumbió ante el remolador y mujeriego Eusebio; la fogosa Prosperina, que tuvo un mal fin; Bonifacia, la fea honesta, y Teresa, la sensual frescolina; una que aparece sin nombre, anónima, que hacía feliz a tres hermanos sin inmutarse; Raquel, la profesora libertina; Magda que “no obstante sus treinta años, era muy atractiva y jovial” (141) e, incluso, honesta y, por último, la obrerita Virginia, muy agraciada a pesar de faltarle un diente superior, con quien pierde su virginidad.

Al final de su testimonio, el autor nos informa que está felizmente casado y tiene descendencia, pero omite indicar con quién. ¿Habría sucumbido este turquito a los encantos de la joven popular? ¿No es el matrimonio (o la convivencia) un modo *natural* de hacerse parte activamente de una comunidad? Siendo un hombre público y muy conocido en los círculos de inmigrantes árabes, es altamente probable que los paisanos lectores supieran que se casó con una joven venida de su lugar natal; pero no los lectores chilenos, que pudieran sentirse aún más extrañados con la noticia de que cuando enviudó, se casó con la hermana de su señora, que la había acompañado en el viaje. Ser chileno para Chuaqui significó, entonces, convertirse en un hombre letrado y en ser aceptado en una institución sin fines de lucro como los bomberos; específicamente, en la 12 Compañía, situada cerca de San Pablo con Matucana, lo que implica acceder a la aristocracia local del barrio. Acaso la tarea del matrimonio con chilena fuera una transgresión sin límites (que atenta contra lo *natural*) para un recién llegado.

Y sin embargo, hay algunos que se atreven a ello, con trágicas consecuencias, como nos es relatado en *Los turcos*, de Roberto Sarah, donde uno de los hilos centrales de la trama novelesca gira en torno a las uniones y casamientos entre árabes y chilenas. Recordemos la anécdota. El grupo de jóvenes inmigrantes llega a Valparaíso, pero pronto decide emigrar a Santiago, salvo Hanna, quien se ha enamorado de una muchacha de origen humilde, Carmen Rosales. Hanna oculta este romance a los suyos y se instala junto con su amada con un pequeño boliche en una barriada popular. Pues bien, el terremoto de 1906 significa la muerte de la muchacha, embarazada y pronto a casarse. Notemos que el capítulo sobre el cataclismo, con Hanna deambulando por una ciudad en ruinas, entrando y saliendo de hospitales, tiendas de campaña y barcos, en busca de Carmen, es el más intenso y desolador de la novela. Es como si aquí, a comienzos del siglo XX, se hubiera frustrado una temprana

integración, bajo el aura belenita: el Nazareno, venido de tierras santas, con la Virgen morena de los cerros, con Carmen, patrona nacional.

¿Es el castigo sufrido por el abandono del *iliblad* y la transgresión de una ley? ¿Es que la naturaleza americana se resiste a esta unión y la sepulta? El ensañamiento pareciera provenir de ambas culturas. En breve, Valparaíso no es, como lo pronuncian los inmigrantes, *Al País* (el país del paraíso); sino más bien su reverso, un espacio vengativo, ligado a fuerza ancestrales incommovibles.

Lo que no pudo el padre (quien años más tarde se casa con Scandara, una linda muchacha de la colonia palestina), lo puede el hijo, de nombre Salvador, que en 1952 se casa con Ximena Velásquez (de la aristocracia criolla de blasones hispánicos). Tienen un hijo, Juan Carlos, de “rasgos indefinidos”, y se separan en 1956.

La historia amorosa de Salvador y Ximena (nombres emblemáticos) debe leerse como un romance nacional, es decir (y privilegiando la lectura de Doris Sommer), como portador de un proyecto cultural y político en pugna con otros discursos sociales. El diseño de la novela, en este aspecto, es bastante transparente, lo cual no debe extrañar, puesto que se plantea como un texto polémico, que enrostra los prejuicios étnicos y sociales de la sociedad chilena. Nuevo árabe-chileno, Salvador se conecta con el *iliblad* a través de un viaje a los campamentos de refugiados palestinos, y en Chile, con la causa socialista, llegando a ser candidato a Presidente de la República. Su enlace con Ximena (la del Cid) conlleva la integración hispano-árabe en el Nuevo Mundo y, en el ámbito económico, la apropiación de los grandes capitales por parte del pueblo.

Los personajes son orgullosos, Salvador quiere apropiarse de todo lo perdido: además de sus ideales, quiere recobrar el orgullo de su raza. Por cierto, fracasa. La razón profunda no es tanto su ideario estrictamente político, sino por ser de origen árabe: un *turco*. El autor pone como fecha de término del manuscrito 1960 y la novela se publica al año siguiente. Es decir, transcurrida más de la mitad del siglo, la situación existencial de los primeros inmigrantes (campesinos pobres provenientes de aldeas remotas) y de la primera generación de chilenos, hijos de inmigrantes (profesionales de buen vivir) ostentan un parecido monstruoso.

El viajero de la alfombra mágica, de Walter Garib, propone un árbol genealógico en abierta polémica con el supuesto beneficio cultural que conllevaría la tradición endogámica para preservar la cultura de origen, incógnita no resuelta en la novela de Sarah. En la trama de esta alfombra árabe (escrita al culminar el siglo XX, cuando el prejuicio ha perdido su visibilidad y los árabes solo son distinguibles por sus apellidos), se nos cuenta una historia donde los casamientos entre iguales (Chafik y Yamile, de origen palestino y luego, Bachir con Estrella, hija de armenio nacida en Siria) son concertados, están marcados por el desamor y, para colmo, pueden culminar con la deshonor de la estirpe (el supuesto blasón francés de los Magdalani). Y a la inversa, los casamientos entre inmigrantes de distinto origen son voluntarios,

apasionados y conllevan una inserción más armónica en la nación, sin menoscabar el origen buhonero. Así, Said, hermano de Chucre, vuelve de Iquique a su natal Cochabamba para estar con Rogelia Vicente (criolla boliviana) y participar en las luchas sindicales, y Chucre, hermano de Bachir, se casa a escondidas con Marisol Libermann (de la colonia germana), siendo sus hijos activistas de la causa palestina en los movimientos universitarios chilenos de los años 60.

Es el mestizaje americano el espacio de conjunción de diversas etnias y culturas, cruzadas con lo nativo, el cual debe inscribir también la marca árabiga, en este caso, una pareja primordial alterna (en realidad, una tríada), que condensa un espíritu libre y mágico: el buhonero proveniente de aldeas remotas (*Aziz*), la joven-madre guaraní (por nombre La Nativa) y la niña Afife, a medias sustituida y presente como virgencita del Próximo Oriente.

LETRAS ARÁBIGAS

Una vez vivida la experiencia, es necesario contarla, para así inscribirla en la historia nacional. Los tonos de la narración son diversos: festivos o grotescos, picarescos o ingenuos, y también los tipos de discurso: testimonios, sagas familiares, estampas de aldea, libros de viaje, almanaques y relatos de aventuras al estilo de los antiguos bizantinos; e incluso, textos de carácter esotérico (como es el caso de la novela *Peregrino de ojos brillantes*, de Jaime Hales).

Se escribe para ser aceptado, para comunicarse y para educar a árabes y chilenos, como en Chuaqui, que ensaya un testimonio festivo (cosas de reír y de llorar) que seduce a sus oyentes, quienes celebran a este sujeto como un *guachito querido*, adoptándolo como uno más de la familia chilena. Y a la inversa, se escribe también para realizar una denuncia violenta, a la manera de ciertos murales grotescos, donde aparecen rostros despavoridos: es Sarah y sus *feos melancólicos*, marcados por la exclusión.

Se escribe para quienes no estuvieron allí y supuestamente tienen otro horizonte en sus mentes, para entretener educando a los nietos con estampas de aldeas remotas; ejercicio de añoranza que realiza *el memorioso* José Auil en su *Aldea Blanca* (1977), que le permite construir una cita arqueológica del lugar natal, para ser instalada como un recuerdo en la memoria de los inmigrantes.

Y a cien años de la primera inmigración, ya sin grandes preocupaciones sobre la adopción o rechazo de este grupo, Garib escribe una saga americana, que obliga a las nuevas generaciones a identificarse con el buhonero, fundador de una estirpe. Si Sarah exhibe el orgullo herido del inmigrante y lo inscribe en su cuerpo (en un complejo gesto cultural de rebelión: vivir con el estigma y enrostrárselo al semejante), Garib dispone ante nosotros un vivaz y egocéntrico *cuentero*, del cual no se debe

renegar, ni siquiera por Margarita Gautier (recordemos que los Magdalani se obstinan en creer que sus antepasados son de la Galia).

Y se escribe también, al inicio de un nuevo siglo (¿una nueva era?), para rescatar a la mujer siria inmigrante, para dotar a las nuevas generaciones de un ímpetu libertario, sostenido en la libertad de circulación por el mundo, en su conocimiento letrado y empírico y en su capacidad de mover a los hombres de la familia en torno a un proyecto cultural. Es el caso de Edith Chahín, que en *Nahima* (2001) reconstituye documentalmente los pasos de la emigración de su madre y, sobre todo, fabula su historia, doblándola con una voz de mujer contemporánea, menos sumisa ante las circunstancias. Es la *historiadora que fabula*, el cuarto propio de la escritura árabe, abirragado de datos culturales, en búsqueda de un sector muy amplio de lectoras y lectores del mundo de habla hispana⁵.

El trazo árabe. La memoria migrante sigue aquí con minuciosa pasión las cartografías de sus viajes, volviendo a iluminar sus pasos por esta América y retroactivamente, también las localidades del *ilíblad*. Lo común es que se repase el trayecto desde la partida (Beirut, Trípoli, Haifa), con sus puntos intermedios (Marsella y Génova, pero también el Pireo y Barcelona) y su arribo a América (Río de Janeiro, Santos) y desembarco en el puerto de Buenos Aires. El paso cordillerano a lomo de mula y la llegada al poblado de Los Andes es memorable, para luego por tren seguir a Valparaíso y Santiago. Existen también rutas locales, reinventadas por estos pioneros, como la travesía en barcaza por el Pilcamayo; o la travesía desde Cochabamba a Iquique, pasando por el salar del Huasco y Pica; y más al sur, el viaje por los ramales que conectan Chillán, con Angol, Los Sauces y Traiguén. A su vez, las ciudades son también dibujadas según recorridos a pie, viviéndose como espacios particulares: San Pablo, Club Hípico, Estación Central.

No creo que sea el olvido lo que impulse a escribir a estas familias inmigrantes. Es compartir con los demás una experiencia inédita, que los hace distintos y queribles. Un deseo de trascendencia, un reconocimiento simbólico que los integre desde una suma de saberes y sensibilidades. Y existe también el placer de los signos, el de inscribir en la cultura chilena un capítulo inédito, con una caligrafía distinta. Y se lo han ganado.

⁵ Recientemente, E. Chahin ha escrito la novela *Fadua* (2004), una minisaga sobre la libertad del pueblo árabe, actuada por mujeres, ambientada en 1914 en la Gran Siria. Este relato tiene la particularidad de experimentar con formas narrativas emparentadas con los antecedentes de la novela española; por ejemplo, el relato bizantino.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Agar, Lorenzo, "El comportamiento urbano de los migrantes árabes en Chile". Tesis de Magister, Instituto de Planificación y Desarrollo Urbano, Universidad Católica de Chile, 1982.
- Auil, José, *Aldea Blanca*. Santiago: Universitaria, 1977.
- Chahín, Edith, *Nahima. La larga historia de mi madre*. Madrid: Debate, 2001.
- Chahín, Edith, *Fadua. La impetuosa doncella de Homs*. Madrid: Tabla Rasa, 2004.
- Chahuán, Eugenio, "Presencia árabe en Chile", *Revista Chilena de Humanidades* 4 (1983): 33-45.
- Chahuán, L. y G. Feliu, M. Morales, M.A. Rabi y X. Tapia, "La sobrevivencia de la tradición emigrante entre los chilenos de ascendencia árabe. Un estudio exploratorio y clasificatorio". Seminario de Tesis para el grado de Bachiller en Lengua y Cultura Árabe, Universidad de Chile, 1982.
- Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*. Santiago: Zig-Zag, 1995.
- Dahler, M. Teresa, "Exploración psico-social de la inmigración libanesa en Chile". Tesis de Licenciatura, Escuela de Psicología, Universidad Católica de Chile, 1986.
- Garib, Walter, *El viajero de la alfombra mágica*. Santiago: Fértil Provincia, 1991.
- Greimas, A.J. and J. Courtés, *Semiotics and Language. An Analytical Dictionary*. Trans. L. Crist and D. Patte. Bloomington: Indiana University Press, 1982.
- Hales, Jaime, *Peregrino de ojos brillantes*. Santiago: Casa Doce (Alfabet), 1995.
- Olgún, Miriam y Patricia Peña, *La inmigración árabe en Chile*. Santiago: Instituto Chileno Árabe de Cultura, 1990.
- Rebolledo, Antonia, "La integración de los inmigrantes árabes a la vida nacional. Los sirios en Santiago". Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Católica de Chile, 1991.
- Rebolledo, Antonia, "La turcofobia. Discriminación antiárabe en Chile, 1900-1950", *Historia* 28 (1994): 249-272.
- Samamé, M. Olga, "Aproximaciones a una novela de emigración árabe: *El viajero de la alfombra mágica* de Walter Garib", *Revista Chilena de Literatura* 60 (2002): 23-54.
- Samamé, M. Olga, "Transculturación, identidad y alteridad en novelas de la inmigración árabe hacia Chile", *Signos* 53 (2003): 51-73.
- Sanfuentes, Andrés, "La influencia de los árabes en el desarrollo económico de Chile". Memoria de título de Ingeniería Comercial, Universidad de Chile, 1964.
- Sarah, Roberto, *Los turcos*. Santiago: Pacífico, 1961.
- Sommer, Doris, *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley/Los Angeles/London: University of California Press, 1991.

RESUMEN / *ABSTRACT*

Este trabajo es una presentación de un conjunto de relatos centrados en la experiencia de inmigración árabe en Chile. Nuestro análisis distingue tres unidades semánticas de lectura: la casa (origen y destino), el sujeto cultural (familia, nación, sexualidad) y la escritura. Ponemos énfasis en la enunciación que estos escritos hacen de la discriminación y de los modos de enfrentarla.

PALABRAS CLAVE: relatos de inmigrantes, casa, sujeto cultural, escritura, Benedicto Chuaqui (1895-1970), Roberto Sarah (1916), Walter Garib (1933), Jaime Hales (1948), Edith Chaín. Palestina, Siria, Líbano.

IMMIGRANT VOICES IN THE END OF THE WORLD: THE ARABS

This article is a presentation of a number of narratives centered on the experience of the arab immigration in Chile. Our view differentiates three semantic units of reading: home (origin and destination), cultural subject (family, nation, sexuality) and writing. We pay special attention to the way these texts enounce discrimination and the ways to confront it.

KEY WORDS: *Immigrant's narratives, home, cultural subject, writing, Benedicto Chuaqui (1895-1970), Roberto Sarah (1916), Walter Garib (1933), Jaime Hales (1948), Edith Chaín. Palestine, Syria, Lebanon.*

Rodrigo Cánovas
rcanovas@uc.cl